

fuertes, el del Emperador, cuya ocupacion nos habia costado un glorioso y mortífero asalto, nos fué inútil por la explosion del almacen de la pólvora, que nos mató buen número de gente. — En fin el mas glorioso de los triunfos cambió, hácia medio día, en la mas vergonzosa retirada; los buenos lloraban de rabia y de desesperacion. — Comparativamente á nuestra situacion y á los esfuerzos hechos por nosotros, nuestra pérdida fué inmensa.

Desde entonces, nuestra infantería quedó en esqueleto, y la poca caballería que nos acompañó en la expedicion, sirvió para proteger la retirada.

La division se alojó en Bella Vista, y yo quedé en San Simon con la marina.

Toda mi tropa estaba reducida á unos cuarenta hombres, entre oficiales y soldados.

XXXIII.

ANITA.

El motivo de mi ida á San Simon tuvo por objeto, si no por resultado, construir algunas de esas canoas, hechas de un solo tronco de árbol, y con ellas abrir una comunicacion con la otra parte de la laguna. Empero durante los meses de mi estancia en aquel punto, nunca parecieron las maderas prometidas, y por consiguiente nuestro proyecto no pudo realizarse.

Resultó pues que, como yo aborrezco la ociosidad, en vez de ocuparme de barcas, me ocupé de caballos. Habia en efecto en San Simon cantidad de potros, los cuales sirvieron para que mis marineros se hicieran soldados de á caballo.

San Simon era una hermosa y muy espaciosa quinta, aunque entonces abandonada y destruida en parte; pertenecia á un conde de San Simon, en otro tiempo desterrado, segun creo, y cuyos herederos estaban tambien desterrados como enemigos de la República. Yo no sé si era alguna cosa del famoso

conde de San Simon, fundador de esa religion cuyos adeptos me habian iniciado al cosmopolitismo y á la fraternidad universal.

Empero, por el momento, como esos San-Simones eran enemigos nuestros, tratamos su quinta como bien conquistado : es decir, que nos apoderamos de las casas para hacer nuestros alojamientos y de los ganados para alimentarnos.

Nuestras recreaciones consistian en domar nuestros potros, ó mejor dicho, los potros de los señores de San Simon.

Allí fué donde mi querida Anita me puso entre los brazos nuestro primer fruto. En lugar de darle el nombre de un santo, le dí el de un mártir.

Se llama Menotti.

Nació el 16 de setiembre de 1840, y segun toda probabilidad, fué engendrado el mismo dia de la accion de Santa Victoria. Su venida á este mundo sin accidente fué un milagro, en vista de las privaciones y los peligros de su madre. Estas privaciones y estos podecimientos, de los que no he hablado á fin de no interrumpir mi relacion, deben de hallar lugar al punto donde hemos llegado; es para mí una especie de culto á su memoria el dar á conocer, si no al mundo, á lo menos á algunos de mis amigos que

leerán este diario (1), la admirable criatura que yo he perdido.

Anita, como siempre, habia querido acompañarme y me acompañó en la expedicion que acabábamos de hacer y que ahora relato.

Debemos recordar que, reunidos con los Serranos, á las órdenes del coronel Aranha, batimos en Santa Victoria al brigadier Acunha, de tal manera que la division enemiga fué completamente destruida. Mientras que duró la accion, Anita estuvo montada á caballo en medio del fuego, espectadora de nuestra victoria y de la derrota de los imperialistas. Ella fué en este dia la providencia de nuestros heridos, que, no teniendo ni cirujanos ni ambulancia, los curábamos nosotros mismos lo mejor que nos era posible. Esta victoria puso momentáneamente los tres departamentos, de Lages, Vaccaria y de Cima da Serra, bajo la autoridad de la República, y ya he dicho cómo, al cabo de algunos dias, entramos triunfantes en Lages.

Empero, el combate de Coritibani nos fué fatal.

Ya he dicho cómo, á pesar del valor de Texeira, nuestra caballería fué desbaratada, y cómo, con mis

(1) Inútil es repetir que este diario no habia sido escrito mas que para algunos amigos, y que han sido necesarias las influencias mas íntimas para que Garibaldi me lo confiara.

sesenta y tres infantes, quedé envuelto por mas de quinientos hombres de caballería enemiga.

Anita debia, en esta jornada, asistir á las mas sombrías peripecias de la guerra.

No sometiéndose mas que á pesar suyo al simple papel de espectadora del combate, apresuraba la marcha de las municiones, temiendo que los combatientes careciesen de cartuchos: el fuego que estábamos obligados á hacer, daba á suponer, en efecto, que nuestras municiones se acabarían pronto; con este objeto se acercó al punto principal del combate, cuando una veintena de caballos enemigos, que perseguían á algunos fugitivos nuestros, fueron á dar con nuestros soldados que conducían las municiones. Excelente jinete, y montando un admirable caballo, Anita podia escaparse; pero ese pecho de mujer encerraba un corazón de héroe: en vez de huir, excitó nuestros soldados á defenderse, y se halló de repente cercada por los imperialistas.

Un hombre se hubiera rendido: ella picó espuela á su caballo, y, de un vigoroso brinco, pasó por en medio del enemigo, no habiendo recibido mas que una bala que le atravesó el sombrero, llevándose algunos cabellos, pero felizmente no le tocó el cráneo. Acaso se hubiera ella salvado, si otra bala no hubiera herido de muerte su caballo, que cayendo

abatido, la pobre debió rendirse, y fué presentada al coronel enemigo.

Sublime de valor en el peligro, Anita crecia aun, si es posible, en la adversidad; de suerte que en presencia de ese estado mayor, maravillado de su valor, pero que no tuvo la delicadeza de ocultar delante de una mujer el orgullo de la victoria, ella contestó, con áspera y desdeñosa arrogancia, algunas palabras que le parecieron hacer sentir el desprecio que se hacia de los republicanos vencidos, y combatió con la palabra con el mismo vigor que lo habia hecho con las armas.

Anita me creía muerto. En esta persuasion, pidió y obtuvo el permiso para ir á reconocer el campo de batalla. Estuvo mucho tiempo vagueando sola y semejante á una sombra en la llanura ensangrentada, buscando al que ella temia hallar, volviendo á los muertos que estaban boca abajo, y mirando si alguno por el traje ó por la estatura se parecia á mí.

El exámen fué inútil; yo era, al contrario, á quien la suerte reservaba este dolor, de mojar con mis lágrimas sus heladas mejillas; y cuando esta angustia suprema me sobrecogió no pude derramar un puñado de tierra, ni echar una flor sobre la sepultura de la madre de mis hijos!

Cuando estuvo casi segura de que yo existia aun,

Anita no tuvo mas que un pensamiento, el de fugar; — la ocasion no tardó en presentarse. — Aprovechándose de la embriaguez del enemigo victorioso, pasó á una casa vecina de la en que la tenian prisionera, y sin conocerla, una mujer la recibió y protegió. — Mi capa, que yo habia arrojado lejos de mí para ser mas libre en mis movimientos, cayó en poder del enemigo; ella la cambió con la suya, mas elegante y de mucho mas valor. — Cuando se hizo de noche, Anita se lanzó al bosque y desapareció; era necesario tener á la vez el corazon de leon y de gacela de esta santa criatura, para arriesgarse así. Solo el que ha visto los inmensos bosques que cubren las cimas del Espinano, con sus pinos seculares, que parecen estar destinados para sostener el cielo, y que son las columnas de este espléndido templo de la naturaleza, los gigantescos cañaverales que pueblan los intervalos, y donde hormigean animales feroces y reptiles cuya picada es mortal, podrá hacerse una idea de los peligros á que estaba expuesta y de las dificultades que tenia que vencer. Felizmente la hija de los estepas americanos no conocia el miedo; de Coritibani á Lages tenia que andar veinte leguas por los bosque impenetrables, sola, sin alimentos; ¿cómo pudo llegar? Dios lo sabe.

Los pocos habitantes de esta parte de la provincia que ella pudiera hallar, eran hostiles á tos republicanos, y tan luego como tuvieron noticia de la derrota, se armaron y se emboscaron en algunos puntos, y particularmente en los senderos por donde debian pasar los dispersos que se dirigian de Coritibani á Lages.

En los *cabacaes*, es decir, en los sitios impracticables de esas sendas, se hizo una horrible carnicería de nuestros compañeros. Anita atravesó de noche esos pasos peligrosos, y, sea su buena estrella, sea la admirable resolucion con la cual los franqueaba, su aspecto hizo escapar á los asesinos, que huian, decian ellos, perseguidos por un ser misterioso.

En efecto, era cosa extraña el ver esta valiente montada en un ardiente caballo de batalla, pedido y obtenido en una casa que la dió hospitalidad, y esto, durante una noche de tempestad, marchando al galope por los peñascos, á la luz de los relámpagos y al ruido de los truenos; porque tal fué realmente esa noche de desgracia. Cuatro hombres montados, colocados al paso del rio Canoas, huyeron al aspecto de esa vision, precipitándose detrás de los zarzales de la orilla; durante este tiempo, llegó Anita á la orilla del torrente engrosado por las lluvias y por los arroyos que bajaban de las

montañas; y sin embargo ella pasó ese rio furioso, no como lo hizo unos dias antes pasándolo en una buena barca, sino á nado, pero agarrada á las crines de su caballo, que su voz animaba.

El flujo se precipitaba ruidoso, no en un estrecho espacio, sino sobre una extensión de quinientos pasos.

Una taza de café, tragada de priesa en Lages, fué todo lo que tomó la intrépida viajera, durante los cuatro dias que estuvo para reunirse en Vaccaria con el cuerpo que mandaba el coronel Aranha.

Allí nos encontramos, Anita y yo, despues de una separacion de ocho dias, y ambos nos habíamos creído muertos.

Que se juzgue de nuestra alegría.

Pues bien, una alegría mas grande aun se me esperaba el dia que mi Anita, sobre la península que cierra la laguna de Los Patos del lado del Atlántico, dió á luz, en un rancho donde recibió la mas generosa hospitalidad, á nuestro muy querido Menotti.

El niño vino al mundo con una cicatriz en la cabeza, que sin duda fué de cuando cayó su madre del caballo.

Y aquí, aun una vez, renuevo mis expresivas gracias á las excelentes gentes que nos dieron la hospitalidad; les conservo, y deben estar persuadi-

das de ello, un eterno agradecimiento. En el campamento, donde carecíamos de lo mas necesario, y donde yo no hubiera por cierto hallado un pañuelo para la pobre parida, no hubiera ella podido triunfar en ese momento supremo en el que la mujer tiene necesidad de tantas fuerzas y de tantos cuidados.

A fin de ayudar á los pobres y queridos objetos de mi corazon que carecian de muchas cosas, me decidí á ir á la Settembrina para comprar algunas ropas. Allí tenia muy buenos amigos, y entre ellos uno excelente llamado Blingini; emprendí pues la marcha atravesando los campos inundados, llegando el agua hasta el vientre de mi caballo, y al atravesar un campo antes cultivado, llamado *Rossa Velha*, me hallé con el capitán de lanceros Máximo, quien me recibió como buen compañero; se hallaba en aquel excelente invernaje comisionado para guardar los caballos.

Llegué allí al anochecer lloviendo á torrentes, y me volví al dia siguiente continuando la lluvia á pesar de que el buen capitán hizo todo cuanto pudo para que no saliera tan pronto.

Empero mi objeto era demasiado sagrado, para que yo me detuviera en el camino, y á pesar de las observaciones de mi buen amigo, me puse en mar-

cha, atravesando las llanuras que parecían una vasta laguna. Cuando hube andado algunas millas, oí un vivo tiroteo del lado de donde yo acababa de salir; sospeché alguna desgracia, pero no podía volver atrás.

Llegué pues á Settembrina, donde compré algunas cosas que nos hacían falta; después de esto, siempre inquieto del tiroteo que había oído, emprendí la marcha para regresar á San Simón; cuando volví por Rossa Velha, supe la causa del ruido que había oído y el triste acontecimiento del día mismo de mi partida.

Moringue, — el mismo que me sorprendió en Camacua, y á quien mis catorce hombres y yo hicimos retirar con un brazo roto, — Moringue había sorprendido al capitán Máximo, toda su gente y todos sus cuadrúpedos; embarcando los mejores caballos y matando los otros. Moringue había ejecutado esa sorpresa con buques de guerra y un cuerpo de infantería; después de la operación, volvió á embarcar la infantería, y con su caballería se dirigió sobre Río Grande del Norte, asustando en su marcha á todos los pequeños partidos republicanos que, creyéndose seguros, se habían esparramado por el territorio; entre ellos se hallaban mis marineros, quienes se refugiaron en el bosque.

Mi primer grito, como se comprende bien, fué :
« ¡ Anita! ¿ Qué ha sido de Anita? »

Anita, el duodécimo día después de su parto, durante una horrible tempestad, montó á caballo medio desnuda, y con su hijo atravesado en la silla, se vió obligada á refugiarse en el bosque.

No hallé pues en el rancho, ni Anita, ni las buenas gentes que la habían dado la hospitalidad; pero dí con la gente en los lindes de un bosque, donde se mantenían, sin saber de cierto si el enemigo se había marchado, y si tenían aun algo que temer.

Volvímos á San Simón, y permanecimos allí algun tiempo; por fin, cambiamos nuestro campamento y lo establecimos en la orilla izquierda del Capivari, es decir en el mismo río donde uno año antes transportamos con los carros nuestros buques para la desgraciada y malograda expedición de Santa Catalina.

¡ Ay! allí había latido mi corazón, hinchado de esperanzas que desgraciadamente se habían desvanecido.

El Capivari se forma de los diferentes arroyos que se escapan de las numerosas lagunas que guarnecen la parte septentrional de la provincia de Río Grande, sobre la costa del mar y sobre la línea oriental de la cadena del Espinano; toma su nombre de la ca-

pinara, especie de arroyos muy comunes en la América meridional, y que en las colonias se llaman *capineios*.

De Capivari y de Sangrador de Abreu, canal que sirve de comunicacion entre un pantano y una laguna donde con muchísimo trabajo conseguimos reunir algunas canoas, hicimos algunos viajes á la costa occidental de la laguna, abriendo comunicaciones entre los dos rios, y transportando la gente.

XXXIV.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO. — ROSSETI.

Sin embargo la situacion del ejército republicano empeoraba de dia en dia; sus necesidades se hacian mas grandes, sus recursos se agotaban; los combates de Tacuari y de San José del Norte habian diezmado la infantería, que, aunque poco numerosa, era el nervio de las operaciones del sitio. Las supremas necesidades engendraron la desercion; las poblaciones, como sucede en todas las guerras que se prolongan, se cansaron; la enfermedad de la indiferencia, la peor de todas, se apoderó del pueblo, y de todas partes se sentia que ya habia llegado el momento de acabar.

En este estado de cosas, los imperialistas hicieron proposiciones de arreglo, que, aunque ventajosas relativamente para los republicanos, fueron rechazadas por estos: esta denegacion aumentó el descontento de la parte mas desgraciada, y por consiguiente la mas cansada del ejército y del pueblo; en fin se resolvió abandonar el sitio y retirarse.

La division Canavarro, de que hacian parte los

marinos, fué la designada para principiar el movimiento, y abrir paso en la Sierra, ocupada por el general Labattue, francés al servicio del emperador. Bento Gonzales, con el resto del ejército, seguiría la marcha y formaría la retaguardia.

La guarnicion republicana de Settembrina debía de seguir la marcha; pero no pudo ejecutar el movimiento; sorprendida por el famoso Moringue, la ciudad fué tomada.

Allí fué muerto mi querido Rossetti.

Despues de haber hecho prodigios de valor, cayó del caballo gravemente herido, se le intimó la rendicion, pero él prefirió hacerse matar antes que dar su espada.

Aun una herida cruel para mi corazon. Se me ha oído hablar mas de una vez de Rossetti, se sabe cuánto yo le amaba; que se me permita pues, por insuficiente que sea mi pluma, repetir á la Italia lo que tantas veces la he dicho ya.

¡Oh Italia, mi madre, hemos perdido, yo uno de mis mas caros hermanos; y tú, uno de tus hijos mas generosos!

Era hijo de Génova. Sus padres, que conocian poco su carácter, lo destinaron á la Iglesia; pero era uno de los mas ardientes patriotas italianos que jamás he conocido. Inclinado á la vida aventurera, y no

pudiendo respirar en Italia, partió á Rio Janeiro, donde hizo el comercio y mas tarde el oficio de corredor; pero Rossetti no habia nacido para ser comerciante, era una planta exótica medrando poco en la tierra del agiotaje y del cálculo; esto no es decir que Rossetti no tuviera una inteligencia fina y una naturaleza apta para enriquecerse con todos los conocimientos; al contrario, estaba adornado de todas estas cualidades, y por cierto, en todas las cosas, podia aspirar al primer rango; pero Rossetti era el mas italiano de todos los Italianos, es decir, el mas generoso y el mas pródigo de los hombres. — Ahora bien, con semejantes vicios comerciales, no se hace fortuna, sino que se marcha á pasos agigantados á la ruina.

Así le sucedió á Rossetti.

Bueno con todos, su casa era la casa de todos, y con especialidad la de los Italianos desgraciados. No esperaba que los proscritos fueran á verle, sino que él iba á buscarlos, y pronto acabó con todos sus recursos. Desgraciado él mismo, ese corazon de ángel no podia ver sufrir á ninguno de los Italianos pobres; si no podia socorrerlos con su bolsa, los hacia esperar en su pobre habitacion, corria las calles de la ciudad, y no volvía á su casa hasta hallar socorros para aquel ó aquellos que esperaban; es verdad

que su bondad, su franqueza y su lealtad lo habian hecho el amigo de todo el mundo, y que, en sus piadosos embarazos, todos le ayudaban con gusto.

La batalla de Tarifa tuvo lugar, los republicanos fueron derrotados por los imperiales; Bento Gonzales y los principales jefes, hechos prisioneros y conducidos á Rio Janeiro. Entre ellos se hallaba el capitán Zambeccari, á quien conocimos, como queda dicho, en las cárceles de Santa Cruz. Se nos habló de hacer de corsarios y de darnos cartas de contraseña; desde entonces Rossetti y yo no vivimos con tranquilidad hasta que nos lanzamos sobre la inmensidad del Océano, con la bandera republicana. Rossetti se encargó de todo, y consiguió el objeto que nos propusimos.

Ya se sabe lo demás, pues que, desde aquel momento no se nos ha perdido de vista.

¡Ay! no hay un rincon de tierra donde no descansan los huesos de un italiano generoso; por esto la Italia no deberia estar alegre, sino, al contrario, cubrirse de luto. O pobre Italia, tú sentirás en verdad su ausencia el día que intentes quitarles tu cadáver á los cuervos que lo devoran.

XXXV.

LA SENDA DAS ANTAS.

Esta retirada, emprendida en la estacion del invierno, por medio de un país montañoso y por una lluvia continua, fué la mas terrible y la mas desastrosa que jamás he visto.

Componíanse nuestras provisiones de algunas vacas, sabiendo con anticipacion que en el camino por donde debíamos pasar no hallaríamos ningun animal bueno para alimentarnos.

Sin embargo que íbamos en retirada, perseguíamos á la division del general Labattue, pero no pudimos darle alcance. Solo los Selvagianos (1), que simpatizaban con nosotros, atacaron su vanguardia. Vimos muy de cerca á esos hombres de la naturaleza, y no nos fueron hostiles.

Anita, en esta retirada de tres meses, sufrió todo lo que humanamente se puede sufrir. ¡Ah! ¡todo! lo soportó todo con un estoicismo y un valor inexplicables.

Es necesario tener algunos conocimientos de los

(1) Habitantes del bosque.

bosques de esta parte del Brasil, para hacerse una idea de las privaciones sufridas por una tropa sin medios de transportes, sin otro medio para procurarse la comida mas que el lazo, arma muy útil en las llanuras cubiertas de ganados ó de caza, pero perfectamente inútil en esos espesos bosques, guardada de tigres y leones.

Para colmo de desgracia, los rios, muy cerca los unos de los otros en esos bosques vírgenes, habian engruesado extraordinariamente. La horrible lluvia no cesaba de caer, y resultó que á menudo una parte de las tropas se hallaba entre dos corrientes de agua, y tenia que quedar allí privada de toda manutencion.

Nuestra pobre infantería experimentó sufrimientos y privaciones difíciles de pintar, no teniendo el recurso que tenia la caballería de comerse sus caballos. Pocas fueron las mujeres y menos aun los niños que salieron del bosque, y los pocos que salieron fueron salvados por los jinetes que, habiendo tenido la suerte de conservar sus caballos, se compadecieron de las pobres criaturas abandonadas por sus madres, muertas ó muriendo de hambre, de sed y de cansancio.

Anita temblaba pensando perder nuestro Menotti, que no lo salvamos, sin embargo, sino por un mi-

lagro. En los sitios mas peligrosos del camino y al paso de los rios, llevaba yo al pobre niño, que no tenia mas que tres meses, envuelto en un pañuelo, suspendido á mi cuello; de este modo lo calentaba con mi aliento. De una docena de caballos y mulas que entraron conmigo en el bosque, para mi servicio y el de mi equipaje, solo me quedaron dos caballos y dos mulas; los restantes cayeron muertos de hambre ó rendidos de cansancio. Para que la desgracia fuera mayor, los guias perdieron el camino, y esto fué la causa principal de nuestros sufrimientos en este terrible bosque *das Antas* (1).

Cuanto mas andábamos, menos veíamos el fin de esa maldita senda; yo iba detrás con dos mulas muy cansadas, que yo esperaba salvar haciéndolas marchar al paso, y haciéndolas comer hojas de tacuara. (El rio Tacuara toma el nombre de esos arroyos.) Durante este tiempo, mandaba ir á Anita con un criado delante, para que buscaran el fin de ese interminable bosque, y trataran de hallar alguna comida.

Los dos caballos que dejé á Anita, montados alternativamente por la valerosa mujer, nos salvaron

(1) El anta es un animal de la estatura de un burro, del todo inofensivo, cuya carne es exquisita. Con su pellejo se hacen diferentes trabajos muy elegantes. Nunca lo he visto. (N. del autor.)

á todos. Halló en fin el cabo del bosque, donde se hallaba ya un piquete de mis valientes soldados con fuego encendido, lo que no era comun en medio de una lluvia semejante.

Mis compañeros, que por fortuna habian conservado alguna ropa de lana, cubrieron al niño, lo calentaron y lo volvieron á la vida, cuando la pobre madre lo creia casi muerto. Además, esos excelentes compañeros fueron á buscar, con una tierna solicitud, algunos alimentos que no hubieran buscado para ellos, pero que lo hicieron por amor mio, con los cuales confortaron un poco á la madre y al hijo.

El hombre generoso que les llevó los primeros y mas eficaces socorros se llamaba Manzio; ¡que su nombre sea bendito!

Hice todo cuanto pude para salvar mis dos caballos; pero me ví en la necesidad de abandonar las dos pobres bestias, hambrientas y cansadas, y hallándome yo mismo bastante deteriorado, tuve que hacer el resto del camino á pié.

El mismo dia hallé á mi mujer é hijo, y supe todo cuanto habian hecho mis compañeros por ellos.

Al noveno dia de nuestra entrada en el bosque salia de él la retaguardia de la division.

Muy pocos fueron los oficiales que pudieron con-

servar sus caballos. El enemigo que huia delante de nosotros, dejó dos piezas de artillería en la senda; pero apenas las miramos nosotros pasando, porque carecíamos de medios de transporte, y sin duda aun se hallan en el mismo sitio donde las ví.

Las tempestades parecian estar circunscritas en el bosque. Apenas salimos, cuando acercándonos á Cima da Serra y á Vaccaria, hallamos buen tiempo y algunos bueyes que nos indemnizaron de nuestro largo ayuno, y nos hicieron olvidar de repente la fatiga, el hambre y la lluvia.

Estuvimos algunos dias en el departamento de Vaccaria esperando la division de Bento Gonzales, la cual se reunió con nosotros en gran desorden y perdida una tercera parte de la gente.

Esto provino de que el infatigable Moringue, inmediatamente tan luego como tuvo noticia de la retirada de esta division, se puso á seguir la retaguardia, persiguiéndola sin descanso y atacándola en toda ocasion, aliándose para esta obra de destruccion con los montañeses, siempre hostiles á los republicanos. Todo esto dió tiempo á Labattue de hacer su retirada, y reunirse con el ejército imperial; pero cuando se reunió, apenas contaba con algunos centenares de hombres, habiendo experimentado los mismos inconvenientes que nosotros. El enemigo

tuvo además que vencer un obstáculo imprevisto, y que noto á causa de su extrañeza.

El general Labattue, debiendo pasar por dos bosques llamados *di Mattos*, halló algunas de esas tribus indígenas conocidas bajo el nombre de *Bugres*, las cuales son de las mas salvajes que se conocen en el Brasil. Esas tribus, al pasar los imperialistas, los acometieron en tres ó cuatro emboscadas y les hicieron todo el mal que pudieron.

En cuanto á nosotros, en nada nos inquietaron, y aunque habia en el camino muchas de esas trapas que los Indios tienden en el camino al paso de sus enemigos, en vez de estar cubiertas de ramas, todas estaban descubiertas, y por consiguiente no habia ninguna peligrosa.

Durante el corto alto que hicimos en la orilla de esos bosques gigantescos, vimos salir una mujer que, siendo jóven, fué robada por los salvajes, y la pobre se aprovechó de este momento para escaparse.

La desgraciada criatura se hallaba en un estado muy deplorable.

Como en esas regiones elevadas no teníamos enemigos, continuamos nuestra marcha, á pequeñas jornadas, es verdad, porque como carecíamos completamente de caballos, sobre la marcha domábamos los potros.

Esto era un espléndido espectáculo, siempre nuevo y cotidianamente repetido, el ver á esos jóvenes y robustos negros, de los cuales cada uno merecia el epíteto de domador de caballos, que Virgilio da á Pélope. Era necesario verlos saltando sobre esos salvajes hijos de los estepas, que no conocian el bocado, la silla ni las espuelas asirse de sus crines, y galopar sin cesar por la llanura hasta que, cediendo al hombre, el cuadrúpedo se rendia vencido.

Pero la lucha era larga; el animal no se rendia sino despues de haber agotado todas sus fuerzas para desembarazarse de su tirano; el hombre, por su parte, admirable de destreza, de fuerza y de valor, ligado á todos sus movimientos, cerrándolo entre sus piernas como entre tenazas, saltando, cayendo y levantándose con él, y no separándose mas que cuando chorreando de sudor y blanca espuma, el caballo se daba á partido y se declaraba domado.

Tres dias eran bastante á un buen domador de caballos para que el animal mas rebelde soportara el bocado.

Pero rara vez se doman bien los potros por los soldados, sobre todo en la marcha, donde las demasiadas ocupaciones impiden á esos domadores de cuidarlos bien.

Cuando salimos de los *Mattos*, atravesamos la

provincia de Misiones, dirigiéndonos sobre Cruz Alta, capital de esta provincia; de allí fuimos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general, y donde se construyeron barracas para el campamento del ejército.

Seis años de esta vida de aventuras y de peligros no me cansaron mientras estuve solo; pero ahora que tenia familia, esta separacion de todos mis antiguos amigos, y no sabiendo lo que se habian hecho mis padres despues de tantos años, me hicieron nacer el deseo de acercarme á un punto donde pudiera recibir noticias de los autores de mis días; todas estas afecciones reunidas en mi corazon me imponian el volver á tomar su curso. Añadid á esto que tampoco sabia nada de esa otra madre que se llama la Italia! La familia es poderosa, pero la patria es irresistible.

Me decidí pues á ir á Montevideo, á lo menos temporalmente, y al efecto pedí mi licencia al presidente, como tambien el permiso de hacerme un pequeño ganado de bueyes, cuya venta uno á uno debia todo lo largo del camino subvenir á mis gastos.

XXXVI.

CONDUCTOR DE BUEYES.

Héme pues conductor de bueyes.

En su consecuencia, en una quinta llamada *del Corral de Pedras*, con la autorizacion del ministro de hacienda, reuní en veinte días con indecible trabajo unos novecientos animales, completamente salvajes. Un trabajo mas grande se me esperaba en el camino, donde hallé obstáculos casi invencibles; el mas grande de todos fué Rio Negro, donde faltó muy poco para que se absorbiese mi capital. Del paso del rio, de mi inexperiencia en mi nuevo oficio, y sobre todo de las bribonerías de ciertos mercenarios que habia tomado como conductores, solo salvé unas quinientas cabezas del ganado, que, atendida la mala comida, el largo camino y los malos pasos, fueron juzgadas incapaces de poder llegar á su destino.

En consecuencia, resolví matar los bueyes para vender sus pieles, operacion despues de la cual, despues de cubrir los gastos, me quedaron unos cien escudos que sirvieron para hacer frente á las primeras necesidades de la familia.